

por la aparición de cismas inquietantes; en el Renacimiento: la pasión de la vida, de la plenitud y armonía de las formas, la glorifi-

cación del hombre, de su belleza y sus pasiones.—

Jorge Letelier.

## LA VOCACION IRREFRENABLE DE UN MAESTRO VENECIANO

**A**UNQUE vida y obra constituyen en Gian Francesco Malipiero la fusión ideal en que acción y resultante se convierten en una cosa misma, la observación atenta de ambos aspectos de su personalidad puede mostrarnos rasgos de excepción que, aun desglosados, se imponen por su hermosa significación moral o estética.

Toda su vida es un esfuerzo constante por apartar las barreras interpuestas entre su punto de ubicación y los caminos del ideal.

Su familia le destinaba al estudio de las ciencias naturales, por las que cobró gran predilección (sigue dedicándose a mejorar su importante colección de coleópteros, pero sin alcanzar a desviarle de su propósito esencial.

Más tarde un buen tío, que era efectivamente su tío, se propuso «enderezarlo» y dar a su vida mejor finalidad, sacándolo de las vagas ilusiones artísticas y llevándolo a sus oficinas comerciales.

Pensó Gian Francesco acceder en apariencia y no por eso apagar su fuego interior.

Una mañana dispuso aceptar el nuevo sacrificio, con grave detrimento para su ocupación ideal. Salió de la casa familiar, una vieja y sugestiva mansión véneta, encaminándose hacia la plaza de San Francisco en la que había instalado su tío las oficinas, frente a la magnífica iglesia inclinada de «San Francesco», una de las tantas maravillas góticas de Venecia.

Llegó junto a ella, entrando por el flanco izquierdo de la iglesia; iba a cruzar la plaza, cuando le asaltó, como en mil ocasiones, el deseo de contemplar la marmórea escalera de caracol, parte de un antiguo palacio, a la cual se llegaba recorriendo toda la parte lateral derecha del «duomo». Allí, para quienes conozcan el secreto, medio oculta entre los adiosos que le adicionaran en siglos posteriores, aun luce el esplendor de su forma y de



Gian Francesco Malipiero.  
Dibujo de Hermosilla.



su mármol como nieve, reservándose en la intimidad a que la obligan el macizo posterior de la soberbia iglesia y las ignominias adosadas por el gusto de otra época inferior, la escalera de referencia.

Echó Gian Francesco una mirada a su reloj, eran las ocho y tres cuarto.

Como no debía obedecer aún al horario, se desprecupó; olvidó por un momento el objeto de su salida matinal y fué girando hacia el rincón predilecto, con paso leve, como si temiera turbar el sueño de las cosas, mientras el «cicalamento» de las mujeres del barrio suena como un murmullo indistinto.

Ya en el lugar, se detiene; observa.

Su contemplación no es la de otras veces.

En lo subconsciente, sus preocupaciones lo empujan del éxtasis a la meditación.

Comparando los resultados visibles, y superpuestos materialmente, de una época en que la superación por la belleza, era glorioso acicate al vivir y de otra en que los signos luminosos de la estirpe se cancelaban en aspiraciones mediatas, ya surgió en lo subconsciente la rebelión contra la vulgaridad utilitaria que arrojaba ladrillos y argamasa contra la escalera maravillosa.

Cada vez se abstraía más en la evocación de las épocas en que surgieron tales bellezas, cuando una voz semejante a la de su madre le sacó del ensimismamiento.

Miró en torno, y las figuras que se movían no guardaban semejanza alguna con la diminuta y noble de la Contessa Della Fascia di Malipiero, casada con un descendiente del Dux que protegió las artes y descendiente ella misma, según el interminable testimonio de su libro genealógico, de una familia de Cónsules romanos.

Le pareció entonces que en su vida una voz cualquiera habría resonado con ese timbre familiar, significándole una cuerda adverten-

cia y contrarió con escasa fuerza su voluntad, que lo hubiera llevado lejos de la oficina comercial.

Con nostálgica pereza de góndola, fué desandando el camino y entró nuevamente en el pétreo cuadrado que hace de atrio y plaza.

Intentaba, inútilmente, desviar su vista de la vieja iglesia; seguía transponiendo la plaza; meditaba acerca de la incompresión de su familia, que con tanto empeño lo destinaba a la vida comercial; pensaba en el triste pacto que estaba por aceptar . . . cuando pasó junto a la curiosa «bottega» del anticuario Favai, un veneciano gracioso, amable y tranquilo como uno de los poéticos canales vecinos. Circundando por todos los aspectos de belleza que había sabido procurarse, el gesto, la voz, la pipa, la llave de su tienda, todo era cuidado y pulido en el viejo Favai; todo acusaba un gusto depurado.

El desorden aparente de sus libros y objetos respondía en verdad a una disposición curiosa y original que le permitía saber el lugar de cada cosa. Unos ejemplares estimados de Goldoni estaban con unos objetos turcos («da Venezia lontan domila miglie»); las nueve musas de don Francisco de Quevedo y Villegas, impreso en Amberes en 1726 por la viuda de Verdussen no podía estar sino en el sótano que evocaba el Soneto en que al sátiro le presentan vino con mosquitos; Benedetto Marcello, bien lejos de los operistas; un volumen de Aarón servía de pedestal a la estatuita que representaba un monje toscano; una hermosísima cruz de boj, sujetaba una estampa de Jacopone; el San Francisco en bronce no estaba con el álbum que reproduce la iglesia homónima, sino a la par de Giovanni Uccelli o la imagen de Santo Domingo.

Cuando, al pasar junto, la belleza de la puerta exterior le recordó a Malipiero el fan-



tástico mundo que se agitaba en la quietud de las cosas encerradas en el breve espacio de la «bottega», a la sazón desierta, vió brillar en su memoria la figura del viejo anticuario, nimbada por una contraluz radiosa; y, cuando llegó al lado extremo de la plaza, había condensado su veneración en pocas palabras: ¡«eres un ejemplo de vida, viejo amigo!».

Como Wagner y Strawinsky, Malipiero cedió a su impulso ideal en una edad en que otros buscan o logran consagraciones, fama, perfección.

Ya estaba ante la puerta que da acceso a la casa donde comenzaría su nueva vida.

Llega hasta la escalera estrecha y oscura. Medita. Avanza lentamente. Parece llevar el cansancio de un viejo.

Piensa que su caso no debe ser excepción.

¡Qué quizá sus sueños sean los de tantos mortales que saben ocultarlos bajo el trajín de vidas sin relieves!

Probablemente razonaban bien los que hacían notar que su ansia de consagrarse al arte, descuidando casi en absoluto los otros aspectos de la vida (y de preferencia los «prácticos»), era desatino.

¿Por qué no habrían de tener razón sus mayores?

Por un momento le pareció ilógica su obstinación.

Todo el proceso que se había operado en su espíritu no consumió un cuarto de hora desde que pisó al atrio de la iglesia hasta el instante de llegar al primer descanso de la oscura, estrecha y antipática escalera.

Todo el esfuerzo de la razón, construía convicciones exteriores y el cauce profundo esperaba un signo propicio que lo desbordara sobre tan leve hojarasca para barrerla en su vuelco impetuoso.

En ese mismo instante las armonías amplias de las claras campanas de San Francisco,

dando las nueve, entraron en su espíritu con la visión de la escalera radiosa y el tejido de los mármoles góticos primorosos y recias a la vez.

Su voluntad aislaba el mármol cándido, libre del hosco material, más reciente, pero infinitamente más viejo, y se le presentó la visión como un símbolo. Asido al rudo pasamano, como si temiera caer, permanecía firme en el primer descanso. Esta oscura superposición de gradas era la presión utilitaria sin más visión que la puramente material; la otra estupenda disposición ascendente era un majestuoso alarde incontaminado, puro, a despecho de las miserias circunstantes. Una escalera representaba su espíritu diamantino, la otra era expresión de una simple necesidad.

Estas deducciones levantaban ondas de esperanza que recorrían como una corriente su cuerpo electrizado y al tomar contacto en sus resoluciones le comunicaron un súbito impulso que resolvió su vocación y su destino.

Volvióse resueltamente hacia el exterior, como librándose del íncubo de la obscuridad reinante y la puerta que antes le habría parecido una boca para insultos, ahora le traía la sonrisa, llena de promesas, dibujada por la luz de la plaza que nunca había brillado con tal intensidad.

De pronto, como dominado por un vértigo, se precipitó hacia la vieja plaza, y la cruzó y siguió corriendo en busca del vericuetto de veredas estrechísimas que bordean los canales y alargan las distancias, pero evitan los «traghetti»... la góndola plácida hubiera sido una tortura en tales circunstancias.

Llegó a la casa materna, dejó sobre una mesa la llave de la habitación que tenía reservada y salió sin más trámite. No vió a nadie. Se alejó rápidamente.

Lo que siguió es una estupenda historia de fe y heroísmo.



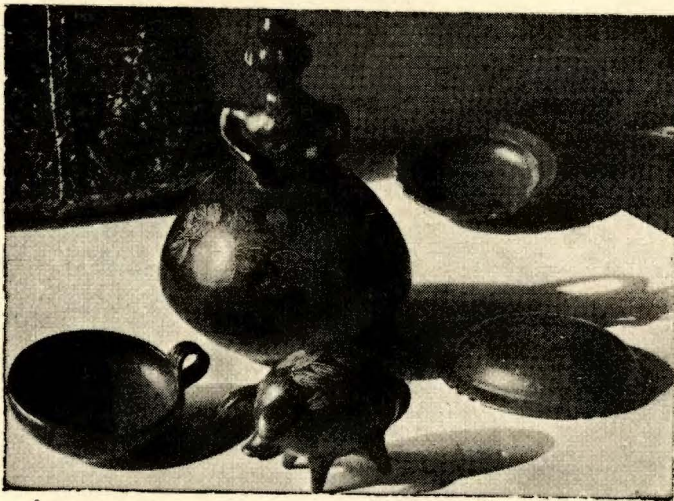
Un mes después, Gian Francesco remitió a su madre, desde París, una carta que decía de sus ilusiones y esperanzas, y que fué acogida con lástima, entrecortándose la lectura con lamentaciones por el frustrado porvenir que hubiérale esperado al joven si se hubiese avenido a la sabia tutela del pariente, y concluyendo que tal urdimbre de vaguedades era el producto imaginario de un iluso descarriado.

Muchos años después se ha visto a la venerable condesa della Fascia ir a la villa de

Asolo, como va un peregrino a un santuario, llevando para su hijo (entre otros testimonios de reconocimiento al genio triunfador) una hermosa estampa del gótico San Francesco de Venezia.

H. Siccardi.

Lomas de Zamora (B. A. Rep. Argentina).  
Abril de 1936.



## CERAMICA CHILENA

DE QUINCHAMALI LLAMADA

TAMBIEN DE CHILLAN

**L**A cerámica como expresión de arte—sino de ese arte elevado y aristocrático que exigimos a la tela o al mármol, sino de aquellas artes menores aplicadas o decorativas, que representan, sin embargo, la síntesis de la más pura necesidad estética espiritual y material de un pueblo—va tomando, en Chile, una importancia notable que merece ser considerada más atentamente.

Ocurre esto, ya sea por la benéfica contribución de buenos elementos extranjeros emigrados al país o llamados expresamente a enseñar, ya sea por el entusiasmo y la iniciativa de jóvenes, los cuales—después de pasar algún tiempo en Europa y en contacto con el ambiente artístico de avanzada—han concurrido a hacer surgir y a organizar una Escuela de arte plástico en la cual—bajo la égida de la Universidad del Estado—se so-